

UN DESEO QUE NO SEA ANÓNIMO

Adriana Hercman

Un deseo que no sea anónimo. Llama la atención la expresión. La encontramos en las notas entregadas en forma manuscrita por Jacques Lacan a Jenny Aubry en octubre de 1969, notas que fueron publicadas por primera vez por ella en 1983 y editadas recientemente con el nombre de “*Nota sobre el niño*” en los *Otros escritos*. ¿Qué es un deseo no anónimo? ¿De dónde provendría aquello que se especificaría por tener la propiedad de nombrar un deseo de tal manera que por ese acto pierda su condición de anonimato?

Lacan en este escrito se pregunta por la función y permanencia de la familia conyugal en la evolución de las sociedades. Lévi Strauss, a través del estudio sincrónico de las organizaciones sociales y el relevo diacrónico de las generaciones, se proponía en las “*Estructuras Elementales del Parentesco*”, hallar algún fundamento que justifique a la familia como soporte de la llamada civilización. Lacan retoma la cuestión señalando el fracaso de las utopías comunitarias y por el sesgo de una presunta relación de esta estructura con lo que hace a lo singular de una constitución subjetiva.

“La función de residuo que sostiene (y a un tiempo mantiene) la familia conyugal en la evolución de las sociedades pone de relieve lo irreductible

de una transmisión que es de un orden diferente al de la vida según la satisfacción de las necesidades, que es más bien el de una constitución subjetiva, que implica la relación con un deseo que no sea anónimo.”

A renglón seguido dice que conforme a tal necesidad se juzgan las funciones de la madre y del padre. La de la madre, en tanto que sus cuidados llevan la marca de un interés particularizado, así sea por la vía de sus propias carencias. La del padre: en tanto su nombre es el vector de una encarnación de la Ley en el deseo.

El amor parental no es suficiente para responder respecto de cuál es el deseo que hace surgir al ser que habla. En ese sentido, cualquier teoría que el sujeto elucubre es, en primera instancia, una respuesta al malentendido respecto del cual él es el resultado como hijo

En distintas ocasiones, Lacan hace referencia a la importancia que para el sujeto tiene el hecho de haber sido deseado pero es en el Seminario *Las relaciones de objeto* donde confiere a este hecho el carácter de estructurante. Refiere también al hecho de haber sido amado –*geliebt werden*– como fundamental para el niño. Sobre este fondo, dirá Lacan, se ejerce todo lo que se desarrolla entre la madre y él.

En ocasión del desarrollo del análisis que hace del caso Juanito da cuenta de la relación amorosa y “tramposa” mediante la cual el niño le asegura a la madre que puede colmarla, no sólo como niño sino también en cuanto al deseo, es decir, en cuanto a lo que a ella le falta.

Recordemos que en *La Significación del falo*, la demanda será aquello que se refiere siempre a otra cosa que a las satisfacciones que reclama. Lo demandado es una presencia, lo que manifiesta la relación primordial con la madre, por estar precisamente *preñada de ese Otro que ha de situarse más acá de las necesidades que pueda colmar*. Este privilegio del Otro -de poder privar de lo único con lo que las necesidades se satisfacen- dibuja así la forma radical del don de lo que no tiene, lo que se llama su amor...

El deseo se manifestará en el intervalo que cava la demanda más acá de ella misma, en la medida en que el sujeto, al articular la cadena significativa, trae a la luz la carencia de ser con el llamado a recibir el complemento del Otro, con la condición de que el Otro sea también el lugar de esa carencia. Lo que de este modo al Otro le es dado colmar, es propiamente lo que no tiene, puesto que también a él le falta el ser.

En la dialéctica que se establece entre el Otro primordial y el niño, la función real de los objetos queda eclipsada por su función simbólica, es decir, por el hecho de que funcionan como símbolos de amor. A partir de allí, el objeto será más valorado por el hecho de ser un don simbólico que por su capacidad de satisfacer una necesidad.

Como don, el objeto se inscribe en la legalidad simbólica que regula el circuito de los intercambios entre el Otro y el niño y será la madre en el lugar del Otro primordial la que da, o no da, ese don que se constituye por ese acto en signo de su amor.

En su libro *“Dar (el) tiempo”*, Jacques Derrida se sirve de un breve ejemplo para plantear la cuestión del don y del resto. Se trata de una carta que escribe Madame de Maintenon -amante y esposa secreta del Rey Luis XIV, el Rey Sol- a Madame Brinon.

Lo que el autor toma del texto de la carta se reduce a esta única línea: *“El rey toma todo mi tiempo, doy el resto a Saint-Cyr, a quien querría dárselo todo”*. La dama en cuestión no dice que da todo su tiempo sino que el rey se lo toma. Podríamos concluir entonces que lo que ella efectivamente *da* no es el tiempo sino aquello que aquí nombra como el *resto* del tiempo. Por

otro lado, se hace evidente que si el rey se lo toma todo, por entero, quiere decir que ese resto, en buena lógica y economía, se reduce a una *nada*.

Queda al desnudo de este modo lo singular de esta estructura: ya no le queda tiempo y no obstante, ella lo da. Lo que esta dama da es entonces un *resto*. Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿qué es el *resto*? ¿Acaso un resto es algo de lo que podemos decir que *es*? Aunque el rey tome todo su tiempo parece que le queda un resto que *es nada* pero que sin embargo *hay*, habida cuenta de que ella dice que *lo da*. *El rey toma todo, ella da el resto*. El resto *no es*, pero sí *hay* el resto que *se da*.

El resto que es nada y que sin embargo hay, parece nunca poder darse bastante. “...*doy el resto a Saint Cyr, a quien querría dárselo todo*”, deja oír el suspiro infinito del deseo insatisfecho. Su deseo está allí donde ella *querría*, en condicional, dar aquello que no puede dar, el *todo*, podemos decir: ese resto de resto que no puede convertir en presente. Más llama la atención cuando nos enteramos que ese resto del que habla no se da a alguien: Saint- Cyr no es el nombre de un amante sino de una fundación de beneficencia para educadas jovencitas, institución de la cual la dama es fundadora.

Un simple análisis de este texto permite cernir la manera en que el don refiere siempre a una economía, incluso una economía monetaria. Sin embargo, sabemos que el don mismo es aquello que más bien interrumpe la economía porque al no dar lugar al intercambio suprime el cálculo económico y abre un círculo que desafía tanto la reciprocidad como la simetría de la medida común desviando su trayecto con vistas al sin retorno. El don guarda entonces con el círculo económico una relación de extrañeza: no circula y no se intercambia, al menos no debe agotarse, como don, en el intercambio. Puede que sea en este sentido que el don está en relación a lo imposible. Sin dudas imposible, y sin embargo factible, si se trata de *dar lo que no se tiene*, manera en que Lacan define al amor.

En la conferencia sobre *El síntoma* dictada en Ginebra, Lacan afirma que es imposible sostener una hipótesis como la del inconsciente si no se ve que es la manera que tuvo el sujeto de estar impregnado por el lenguaje: *“Sabemos muy bien en el análisis la importancia que tuvo para un sujeto, vale decir, aquello que entonces era absolutamente nada, la manera en que fue deseado. Hay quienes viven bajo el efecto, que durará largo tiempo en sus vidas, del hecho de que uno de los padres no lo deseó. Esto es verdaderamente el texto de nuestra experiencia cotidiana. Los padres modelan al sujeto en ese orden simbólico. Lo que quiere decir, estrictamente, es que la manera en que le ha sido instilado un modo de hablar, no puede sino llevar la marca del modo bajo el cual lo aceptaron los padres...”*

El lenguaje espera al sujeto como aluvión insensato que modela el cuerpo del *infans* con un enjambre de palabras que horadan su cuerpo. De ese modo, “ello piensa” en el sujeto y organiza su cuerpo como cuerpo pulsional. Pulsión que nombra a la vez la vida del cuerpo y la mortificación de la palabra. La palabra que viene de lo más colectivo, el lenguaje, se convertirá así en la singularidad más irreductible.

El 6 de enero de 1972 en Saint Anne Lacan afirmó: “El amor, el bien que quiere la madre para su hijo, el “(a)muro”, basta con poner entre paréntesis la *a* para reencontrar lo que palpamos a diario, y es que incluso entre la madre y el hijo cuenta, y mucho, la relación que la madre tiene con la castración, ¡eso tiene mucho que ver!”.

Así, el deseo del Otro es estructurante y funciona como signo de amor, amor que encuentra su molde en las carencias del Otro, ya que se trata del dar lo que no tiene. Lo que se transmite, lo que se dona, lo hace por la vía de lo que en el Otro es su propia división, por la vía de la falta. Será ese don como signo de amor lo que otorgará la posibilidad de que un sujeto se cuente. Es también el don de la castración simbólica por vía de la función paterna, -considerando que sin ella no hay puerta de acceso del Otro a la falta- lo que hará posible que el sujeto se anote en la serie de las generaciones. La verdadera paternidad es la del hombre que libera al hijo de la prisión materna. Esto es lo que todo hijo espera del padre. (Si no, preguntémosle a Juanito)

Norberto Ferreyra, en “*Lo orgánico y el discurso*” dice respecto a la cuestión que nos ocupa que si un ser viviente, en relación al discurso que lo engendra, le es imposible subjetivar aquello que lo ha engendrado, va a ser siempre objeto de aquello que lo engendró

Es decir, el viviente que sea tomado y significado como hijo en la trama del discurso que lo antecede, entrará en el juego de la representación subjetiva como objeto a. Parafraseando a Lacan en el Seminario *Problemas cruciales*.... El sujeto entra a la estructura como deyecto de algo que se ha jugado en otra parte, a todo riesgo y de donde él ha caído, del deseo de sus padres... No hay relación entre el sujeto y el Otro donde no exista esa función de resto, algo que es resto de la operación y que no entra en la significación. Se trata de una pérdida que tiene valor operativo, un operador lógico que permite que la relación entre el sujeto y el sistema significante no sea ni psicología ni idealismo.

Recordemos: no se trata del orden de la vida según la satisfacción de las necesidades, sino más bien del orden de la constitución del sujeto dividido. El hecho de que alguien nazca como sujeto introduce una falta en el pretendido universo de discurso. El deseo del Otro permitirá que el individuo pueda existir como sujeto, en tanto su discurso está preparado para hacer lugar a la falta que se crea cuando alguien nace. Porque puede también suceder que alguien nazca y su nacimiento como sujeto esté impedido porque no hace falta. Depende de que en el campo del

Otro, que es el que recibe el nacimiento de cualquiera, exista la posibilidad de que algo pueda ser extraído, algo pueda faltar.

Pocos meses antes de escribir la *Nota sobre el niño*, Lacan abandonaba forzosamente la Escuela Normal Superior donde dictaba el Seminario *De un Otro al otro*. En este momento de su enseñanza, se dedica a hacer todo un recorrido por las referencias que le sirven para dar cuenta de la inconsistencia del Otro comenzando por servirse del concepto de plusvalía de Marx para pasar a la apuesta de Pascal, articulando la plusvalía con la función lógica del objeto a como plus- de- gozar, pérdida primera por ser la postura en juego al inicio mismo de una partida.

El Otro es ahora apenas un Otro significativo, lugar de inscripción de todo “otro” significativo que, repitiéndose indefinidamente como conjunto vacío, permite el incesante relevo de los eslabones significantes de la cadena, del texto subjetivo. El significativo de la falta en el Otro, aquí la estructura misma, nombra no sólo la propiedad fundamental del Otro de ser, en tanto tesoro, falto de un significativo. No se trata ya sólo de un “todos menos uno” sino de la falta puesta en juego indefinidamente bajo la forma del conjunto vacío a cada nueva articulación *unaria* del significativo porque este uno en el Otro no podría no implicar siempre el uno- en- más del conjunto vacío.

Lacan nombra a esta operación de constitución y vaciamiento del Otro el “en-forma” de *a*: este en- forma que da cuenta de una topología donde el objeto *a* se hace presente en el campo del Otro produciendo allí un efecto de agujero, una nueva topología del Otro que no es más un todo, no arma una totalidad que sabemos es siempre afecta a sostener totalitarismos.

Poco después de estas formulaciones, en *El revés del psicoanálisis*, Lacan presenta los discursos como modalidades operatorias en que se fundan los distintos modos de lazo social. El más antiguo es el discurso del amo o del inconsciente, comandado por los significantes amo que ordenan el mundo a partir del orden de lenguaje al que el hablante nace sumergido por el discurso de los que lo preceden. Cuando esos significantes vacilan, cuando esos ideales que funcionan como brújula dejan de operar, lo que comanda a los seres hablantes es lo que descubre el discurso analítico, es decir el objeto plus-de-gozar.

El 12 de mayo de 1972, en Milán, Lacan presenta el llamado discurso capitalista, falso discurso ya que hace estallar toda posibilidad de lazo a un otro. Es por entonces que afirma que lo que distingue a este discurso es el rechazo de la castración hacia afuera de todos los campos de lo simbólico. Todo discurso que se emparente con el capitalismo deja de lado las cosas del amor, forcluye lo que es del orden de la fractura y de lo imposible. Si dimos al don el carácter de imposible, entonces el capitalismo forcluye toda forma de don. El don “de nada”, aquel que no puede ser retribuido, que no guarda ninguna proporción con el intercambio de bienes...El don que, como el amor, “da lo que no tiene”.

Que el discurso del capitalismo sea un rechazo del amor (y del don) es algo que desde distintos lugares es evaluado en sus consecuencias. Para Guy Lérès, en “*Lectura del discurso capitalista según Lacan*”, una consecuencia de esta nueva organización discursiva es la caída de los padres en cuanto a su función simbólica. Siendo que es por ser el que dona la castración simbólica que el padre sostiene su lugar, si sostenemos que el discurso capitalista forcluye la castración, ¿qué del padre? No se trata tanto de que los padres desfallecen sino que el discurso fracasa en hacer de la función de la castración algo que impida girar en redondo.

Consecuencia de este rechazo son también las nuevas formas de padecimiento subjetivo que se presentan en nuestra práctica, fenómenos que no llegan a articularse simbólicamente como síntomas.

En la *Proposición...* Lacan había advertido que nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por una extensión cada vez más dura de los procesos de segregación. Acaso, propongo, la segregación sea el retorno en lo real de las cosas del amor forcluidas por la actual homogeneización del mercado. El sujeto –tomado por este discurso – consiente en perder su dignidad como hablante y cae en el estatuto de objeto de manipulación mercantil. Se trata de una política de las cosas –al decir de Milner- que, partidaria de que el Otro si barrar existe, se dedica a restituir, a taponar el agujero del Otro. Se trata entonces de una política defensora de la fe, tal como definiera Lacan a la perversión en el ‘69.

Fueron las palabras del Otro los que de un modo contingente alguna vez escribieron en el cuerpo palabras también contingentes que se convirtieron en huellas necesarias, labradas sobre la superficie del cuerpo como jeroglíficos que encierran una cifra de goce en el síntoma que, devenido síntoma analítico en análisis, se prestan a su desciframiento. Esa marca en el sujeto vale por no intercambiable, como resto de goce no compartible, lo que resiste a entrar en la lógica del mercado que toma al hablante como indiviso, un *Uno*, y lo lleva al rango de lo comensurable y sustituible propio del objeto industrializado.

En nuestra práctica, al operar sobre el fantasma, constatamos que si la modalidad discursiva del mercado toma de esta manera al sujeto es porque en él mismo anidan sus condiciones de posibilidad; una sumisión

voluntaria a un amo despótico y a un goce sin ley. Es precisamente el signo de amor del Otro modelado por la falta lo que permitirá relevar a un sujeto de la condición de intercambiable, relevarlo de la sumisión que implica entrar en el circuito del mercado como signo monetario, cual moneda viviente.

Podemos decir que si la ilusión de completud lleva al sujeto degradarse a nivel de las cosas, en el lugar de un objeto de consumo, paga esa pretendida unidad con la perversión de las condiciones en que es llamado a afirmarse.

El psicoanálisis opera llevando al sujeto a afirmarse por una vía completamente distinta: hacerse sujeto de un decir, entrar en un discurso es acceder al comercio humano con la consecuente pérdida de goce. La nuestra es una actividad cuyo comienzo se funda en la asunción de la pérdida y la producción del uno- en- más a partir del conjunto vacío, como la formula Lacan, muestra que en la experiencia del análisis hay una hiancia, un agujero, constitutivo de la experiencia misma.

La práctica del análisis opone a la lógica de mercado la oferta de un dispositivo donde alojar el padecimiento singular del hablante. La apuesta ética del discurso analítico consiste en proponer, frente a los estragos de la civilización tecnológica, el discurso como lazo social en tanto éste sitúa y acota al objeto *a*, permitiendo la producción y separación del plus de gozar en una apuesta por el deseo orientado por lo real del goce.

Concluyendo, un deseo no anónimo es aquel que puede afirmarse en la verdad de su división, de su fractura inicial de la que es incurable y que el psicoanálisis llama castración. Un deseo que no es anónimo es aquel que, como función, se pone en juego en el acto analítico. Dejo planteado también si un deseo que no es anónimo es también lo que una escuela nombra con dos letras en el dispositivo del pase.

Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.